

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
LA RESISTENCIA DEL DESEO

FRANCISCO RAMÍREZ SANTACRUZ

SOR JUANA INÉS
DE LA CRUZ
LA RESISTENCIA
DEL DESEO



1.ª edición, 2019

Directores de colección: Luis Gómez Canseco
y Antonio Sánchez Jiménez

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Jose Luis Paniagua

© Francisco Ramírez Santacruz, 2019
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.catedra.com

ISBN: 978-84-376-3971-0
Depósito legal: M. 1.832-2019
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

PRÓLOGO.....	11
TABLA DE ILUSTRACIONES.....	17
I. LOS RIESGOS DEL MAR (¿1648/1651?-1664).....	21
II. EL OBJETO VENERADO (1665-1667).....	39
III. EL <i>GLORIOSO HONOR</i> EN EL CLAUSTRO (1668-1679)	60
IV. LOS CONCEPTOS DE UN ALMA (1680-1681)	94
V. EL PARNASO EN EL CONVENTO (1682-1688).....	119
VI. LOS APLAUSOS Y LAS CALUMNIAS (1689-1691)	157
VII. LA RESISTENCIA DEL DESEO (1692-1695)	199
NOTAS	237
BIBLIOGRAFÍA	285
ÍNDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO.....	303

*A la memoria de Guadalupe Álvarez Vera, mi abuelita,
que nunca se cansó de aprender*

PRÓLOGO

En 1700 se publicó en España la primera biografía de sor Juana Inés de la Cruz. Su autor, el jesuita Diego Calleja, nunca vio a la monja mexicana en persona. Su breve *Vita* la redactó a partir de las cartas que ella le había enviado a lo largo de los años y de las conversaciones que sostuvo con personas, que de regreso en la península ibérica le contaron sobre las maravillas que hacía y decía esa mujer del otro lado del Atlántico. Quienes sí la conocieron y trataron personalmente dejaron solo unos cuantos párrafos sobre distintas etapas de su vida; los testimonios, en muchos casos, se limitan a un par de anécdotas sobre las reuniones que tenía la monja con la flor y nata de la sociedad novohispana en el locutorio del convento, a su atormentada relación con su confesor, a la crisis de los años finales y a su muerte. Estos escritos de época enfrentan al biógrafo moderno con varias dificultades: son contradictorios entre sí, ofrecen grandes lagunas y no terminan por echar luz sobre lo que realmente sucedió al final de la vida de sor Juana, cuando aparentemente, después de convertirse en la autora más afamada del imperio español, abandonó las letras y se dedicó a la mortificación.

Sor Juana redactó en 1691, cuando llevaba 23 años enclaustrada en el convento de San Jerónimo de la Ciudad de México, una carta al obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, para justificar su inclinación por las letras y por los estudios humanísticos. Durante

muchos años ella había escuchado de parte de diversos hombres de Iglesia que debía dedicar más tiempo a los asuntos religiosos y menos a los mundanos. Conocida como la *Respuesta a sor Filotea*, su misiva ofrece muchos datos autobiográficos, pero estos están en función de un solo objetivo: defenderse de quienes deseaban convertirla en una digna esposa de Cristo que no escribiese poesía. En ese sentido, sor Juana fue una autobiógrafa interesada, que acomodó y manipuló los hechos en su beneficio. La *Respuesta a sor Filotea*, como todos los otros textos sobre su vida escritos por sus contemporáneos, debe leerse con cautela. También ante los documentos oficiales (testamentos, profesiones, *Protestas de la fe*, etc.) conviene tener una buena dosis de escepticismo, ya que, por su carácter burocrático, estos textos se ciñen a reglas retóricas, que, en muchos casos, ocultan los verdaderos sentimientos de quienes hablan en ellos. En suma, la obligación del biógrafo es, ante todo, valorar la información, conocer las intenciones de quién la emite y superar la falacia de tomar todo al pie de la letra. Los hombres y mujeres barrocos siempre dijeron mucho más de lo que escribieron. Aprendamos a escucharlos.

Después de Calleja han existido múltiples y valiosos esfuerzos por reconstruir la vida de sor Juana. Y aunque en la actualidad contamos con más información documental que cuando Octavio Paz publicó su monumental *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982), los libros sobre la célebre monja siguen dividiéndose en dos grupos: por un lado, aquel que hace una lectura de su vida desde el liberalismo laico y, por el otro, aquel que defiende a ultranza una interpretación hipercatólica de sus motivaciones y obras literarias. En cambio, esta biografía propone una exégesis lo más objetiva posible de todos los datos que se conocen de sor Juana hasta el día de hoy.

En los últimos 30 años, gracias al esfuerzo y paciencia de distinguidos investigadores, han salido a la luz extraordinarios documentos sobre la monja: se conoce mejor su núcleo familiar; se ha localizado el inventario de su celda al momento de su muerte; en México y en Lima se hallaron varios escritos anónimos en torno a la polémica por la publicación de la *Carta atenagórica* (1690); en Puebla se descubrieron dos cartas del obispo Fernández de Santa Cruz dirigidas a la jerónima que iluminan sus relaciones con la jerarquía eclesiástica; ha surgido también un *Memorial* que pone de relieve los vínculos sociales de sor Juana al momento de su ingreso con las jerónimas en 1668; se encon-

tró asimismo el testamento del personaje al que ella entregó algunos de sus libros cuando decidió alejarse de la literatura; y apenas hace un par de años se descubrió una carta datada en 1682 en la que la virreina María Luisa Gonzaga hace la primera semblanza que se conozca de sor Juana. Biógrafos anteriores han presentado individualmente esta información, pero hasta ahora no se había valorado toda ella en su conjunto.

«No hay cosa más libre que el entendimiento humano», escribió sor Juana. Por ello, el lector debe sacar sus propias conclusiones tras leer estos nuevos documentos y conocer mi interpretación de estos y de otros datos ya conocidos. Quienes estén familiarizados con otras biografías de la monja-escritora se darán cuenta de que doy gran importancia a su estancia con sus tíos en la Ciudad de México durante su infancia y adolescencia, período que juzgo como muy positivo para Juana Inés a diferencia de la mayoría de los estudiosos. Además de los rasgos de su carácter como la disciplina y fuerza de voluntad, he procurado resaltar también su paciencia y su propensión a la introspección. Asimismo, allende de la influencia en su vida de los jesuitas, me detengo en su relación con el agustino fray Payo Enríquez de Ribera, quien fue arzobispo-*virrey* durante la década de los setenta del siglo XVII e influyó de manera decisiva en la manera en que sor Juana entendió su vocación de religiosa. Discuto ampliamente sus actividades administrativas dentro del convento y aquellas relacionadas con la especulación financiera: es momento de entender que sor Juana fue una monja-escritora-contadora, que tuvo un pensamiento económico muy moderno. Para explicarme lo que sucedió en sus años finales indagó particularmente la personalidad creadora de la *jerónima*. Creo reconocer en la última etapa de su vida una *crisis poética*.

Mi sor Juana es un personaje paradójico; se suele hablar de la poetisa como si durante toda su vida ella hubiese defendido siempre la misma idea, o como si la mujer que ingresó al convento de dieciséis o diecinueve años fuese la misma que murió veintisiete años después. Esto no fue así: a lo largo de tres décadas dentro de San Jerónimo, sor Juana cambió, evolucionó y buscó con desesperación una solución a su conflicto existencial, a saber, cómo conjugar su personalidad de *letrada* con su vida *monjil*. En suma, esta biografía pretende mostrar el complejo y diversificado contexto cultural que hizo posible que sor Juana fuese, por una parte, censurada, pero, por otra, ampliamente

celebrada. Hay que decir que ella no fue monja y poetisa profana pese a su época, sino precisamente gracias a las circunstancias de dicha época, en la que prevaleció una excesiva porosidad entre corte y convento.

Me sirvo de un extenso aparato crítico, que circunscribo estrictamente a las notas. Todo lo que se afirma en el libro es fidedigno, verosímil o documentable. Con todo, falta demasiado por estudiar del siglo y de la vida de sor Juana. Por desgracia, como se sabe, en el siglo XIX fueron destruidos muchos documentos de la vida conventual novohispana. Pero también es cierto que los hallazgos más recientes confirman que aún hay material por descubrir. ¿Aparecerá algún día el epistolario de la jerónima?

Estoy en deuda con quienes han precedido mi labor. Espero que los estudiosos de sor Juana Inés de la Cruz podamos muy pronto ocuparnos de la desiderata más urgente de la filología mexicana: la publicación, en una edición crítica, de los tres tomos originales de sus *Obras completas*. La última edición conjunta de estos tres volúmenes se hizo en Madrid en 1725. Finalmente, cabe añadir que modernizo con criterios fonéticos y sin excepción todos los textos antiguos y que en varias ocasiones he creído conveniente modificar, para su mayor inteligibilidad, la puntuación tanto de las citas de los testimonios antiguos como de algunos de los textos de la poetisa.

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento a Luis Gómez Canseco y Antonio Sánchez Jiménez, que me invitaron a realizar este proyecto y confiaron en que lo llevaría a buen puerto. Su amistad me honra. Varios colegas leyeron el manuscrito y me hicieron valiosísimas sugerencias: los ya mencionados Luis y Antonio, pero también el generoso Marc Vitse, que puso sus ojos de lince y su enciclopédico saber a mi servicio; Guillermo Schmidhuber de la Mora me autorizó utilizar material inédito que ha rastreado en los archivos de México y aportó muy pertinentes observaciones en todo lo relacionado a la familia de sor Juana; y, finalmente, Sara Poot Herrera, gracias a su inigualable conocimiento de la vida de la monja-escritora, hizo que cuestionara muchas de mis aseveraciones a través de sus estimulantes preguntas. Con todo, los errores que subsisten en el libro son de mi absoluta responsabilidad. A mis primos Javier y Manuel Flores Santacruz les agradezco su tiempo y disposición para atender mis distintas

solicitudes y a Martha Alicia Ávila Maravilla su consejo en cuestiones jurídicas. *Last but not least*, quiero dejar constancia del apoyo de la Fundación Alexander von Humboldt, que me otorgó una beca para dedicarme durante varios meses a la redacción de esta biografía. Gran parte del libro fue escrito en el barrio de Rodenkirchen de Colonia, Alemania, donde viví días felices al lado del Rin, entre maravillosos bosques y «el sosegado silencio de mis libros».

TABLA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. «Libro de profesiones» del convento de San Jerónimo de la Ciudad de México	68
Ilustración 2. Antonio Núñez de Miranda, confesor de sor Juana Inés de la Cruz	122
Ilustración 3. Retrato de sor Juana Inés de la Cruz por Juan de Miranda	142
Ilustración 4. Retrato de sor Juana Inés de la Cruz por Miguel Cabrera	143
Ilustración 5. Retrato de sor Juana Inés de la Cruz por Nicolás Enríquez de Vargas	145
Ilustración 6. Retrato de sor Juana Inés de la Cruz por Andrés de Islas	146
Ilustración 7. Retrato de sor Juana Inés de la Cruz por Antonio Ponz	148
Ilustración 8. <i>Primero sueño</i> . Página facsimilar del <i>Segundo volumen</i> , Sevilla, Tomás López de Haro, 1692	154
Ilustración 9. <i>Inundación castálida</i> , Madrid, Juan García Infanzón, 1689	165
Ilustración 10. <i>Carta atenagórica</i> , Puebla, Diego Fernández de León, 1690	179
Ilustración 11. <i>Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz</i> . Página facsimilar de <i>Fama y obras póstumas</i> , Madrid, Manuel Ruiz de Murga, 1700	191

Si los riesgos del mar considerara,
ninguno se embarcara; si antes viera
bien su peligro, nadie se atreviera
ni al bravo toro osado provocara;
 si del fogoso bruto ponderara
la furia desbocada en la carrera
el jinete prudente, nunca hubiera
quien con discreta mano le enfrenara.

 Pero si hubiera alguno tan osado
que, no obstante el peligro, al mismo Apolo
quisiese gobernar con atrevida
 mano el rápido carro en luz bañado,
todo lo hiciera, y no tomara solo
estado que ha de ser toda la vida.*

* Núm. 149. Los textos de sor Juana Inés de la Cruz siguen la numeración de las *Obras completas* editadas en el Fondo de Cultura Económica por Alfonso Méndez Plancarte y Alberto G. Salceda.

I
LOS RIESGOS DEL MAR
¿1648/1651?-1664

Tal vez sor Juana tuvo en mente a sus abuelos maternos Pedro Ramírez Cantillana y Beatriz Ramírez Rendón cuando en un soneto —síntesis de su vida— evocó a quienes se embarcan en busca de nuevos horizontes sin considerar los riesgos del mar (núm. 149)¹. Doña Beatriz y don Pedro, siendo aún jóvenes, tomaron en los primeros años del siglo xvii la decisión de abandonar su patria para iniciar una nueva vida en América. Un testimonio refiere que ella nació en Vejer de la Frontera y otro que vino al mundo en Sanlúcar de Barrameda; en cambio, de don Pedro sí tenemos la certeza de que nació en Sanlúcar, ciudad de la que partieron innumerables aventureros hacia el Nuevo Mundo². Los padres de él, Diego Ramírez Cantillana e Inés de Brenes, también fueron originarios de Sanlúcar de Barrameda y vivieron en un sitio conocido como el pozo de Marquillos; permanecieron toda su vida en Sanlúcar y fueron enterrados en la ermita del Señor San Sebastián en su ciudad natal³. Desconocemos el nombre del padre de doña Beatriz y sus orígenes; algunos se refieren a él como Melchor de los Reyes y otros como Pedro Sánchez⁴; lo que sí es seguro es que su madre se llamó Isabel Ramírez. Ambos, presumiblemente, se trasladaron con su hija y su futuro yerno a México en la misma flota⁵.

Antes de embarcarse, como todos los viajeros de aquella época, doña Beatriz y don Pedro debieron de ir a misa para recibir los sacramentos de confesión y comunión. De Sanlúcar de Barrameda la flota partió rumbo a las Islas Canarias donde llegaron unos diez días des-

pués. La travesía hacia el Nuevo Mundo se realizaba en barcos de apenas unos veinte metros de largo, donde convivían más de cien personas. En ese espacio sumamente estrecho pasaron casi un mes hasta llegar al puerto de San Juan de Ulúa en el Golfo de México. Era un viaje difícil, monótono y aburrido. Pocos pasajeros se salvaban de padecer mareos y otros malestares; muchos eran atacados sin piedad por una armada de chinches, pulgas y piojos, y el agua que bebían era tan pestilente que se tapaban las narices para soportar la hediondez⁶. Es probable que doña Beatriz y don Pedro llevaran consigo una reserva de víveres para sobrellevar las semanas del trayecto sin tener que depender al cien por ciento del régimen alimenticio del barco. Las raciones para los viajeros de su rango consistían en bizcocho, carne de puerco salada, sardinas, habas y garbanzos; si las circunstancias lo permitían también se les ofrecía pescado fresco⁷.

El año preciso de su arribo a México se desconoce, pero para 1604 don Pedro ya había logrado establecerse como tratante de ganado mayor y en la primavera de ese año los novios decidieron casarse en la Ciudad de México⁸. La posición económica de la familia de la novia era para esas fechas bastante buena. Además de casi 4.000 pesos doña Beatriz aportó al matrimonio un conjunto nada despreciable de bienes y ocho esclavos negros. Don Pedro se casó con una mujer prevenida y de carácter fuerte, que insistió en incluir en la carta de dote una advertencia ante un posible derroche de su patrimonio⁹. Juntos procrearon once hijos que por haber nacido en México fueron criollos: Pedro, Blas, Juan, Miguel, María, Isabel (madre de sor Juana), Diego, Inés, Domingo, Antonio y Beatriz.

Alrededor de 1614 doña Beatriz y don Pedro vivían en Huichapan a unos 200 kilómetros al norte de la capital del virreinato¹⁰. Pero con la finalidad de buscar nuevas oportunidades para sus actividades ganaderas, don Pedro decidió mudar a su familia en la década de los veinte a Yecapixtla, un pequeño pueblo entre los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl y la localidad de Cuautla, a unos 70 kilómetros a vuelo de pájaro al sur de la Ciudad de México. Allí adquirió del convento local unas tierras de labor. Para 1635 el andaluz, hombre de espíritu emprendedor, ya había vuelto a cambiar de lugar de residencia. En esta ocasión solo trasladó a su cada vez más numerosa familia unos 15 kilómetros a un pueblo aún más cercano al volcán Popocatepetl y en consecuencia de tierras más fértiles. En San Miguel de Nepantla

arrendó una hacienda por sesenta pesos al año al convento de Santo Domingo de la Ciudad de México. Aunque la recibió casi sin infraestructura, su diligencia y empeño la convirtieron a lo largo de los años en una finca relativamente boyante, donde sembraba cereales y mantuvo, en sus mejores días, casi ciento cincuenta animales entre los que se contaban ovejas, becerros, vacas, bueyes y yeguas. Su éxito no lo hizo dormirse en sus laureles. Años más tarde encontró cerca de Amecameca, población situada en las faldas del volcán Iztaccíhuatl, una hacienda nombrada Panoayan, perteneciente al convento dominico del lugar y que cumplía con sus nuevas expectativas. Firmó con los monjes un contrato de arrendamiento por tres vidas en el que se comprometió a pagar anualmente doscientos pesos. Don Pedro y doña Beatriz se mudaron a la nueva hacienda con algunos de sus hijos mientras que otros permanecieron en Nepantla.

En retrospectiva la emigración a América resultó provechosa para don Pedro. No solo se convirtió en un próspero labrador y hacendado, sino que también se relacionó con las personas principales de la región¹¹. Solía hacer viajes de negocios¹² y cultivó algunos contactos en la corte. Entre sus conocidos se contó el influyente García de Valdés Osorio, conde de Peñalva, que fue alcalde mayor de Puebla, la segunda ciudad en importancia del virreinato, y gobernador de Yucatán¹³. Si sus primeros años en el Nuevo Mundo fueron quizá difíciles; cuando la mayoría de sus hijos alcanzó la edad adulta su posición económica era bastante holgada y esta le permitió, entre otras cosas, formar una biblioteca con volúmenes en castellano y en latín. Según su propio testimonio tuvo un matrimonio feliz y se consideró un hombre dichoso por haber hallado a doña Beatriz. Sin embargo, hubo en su vida y en la de su esposa un trago particularmente amargo al que tuvo que sobreponerse: su hija Inés murió entre 1648 y 1651 dejando dos hijos huérfanos¹⁴. Sin duda, sus últimos años se vieron ensombrecidos por este terrible acontecimiento.

Doña Beatriz y don Pedro siempre mantuvieron una estrecha relación con sus hijos a los que solían apoyar como padrinos de bautismo de sus nietos¹⁵. Y sus hijas particularmente fueron solidarias entre sí: por ejemplo, Isabel, la madre de sor Juana, fue madrina de varios hijos de su hermana Beatriz, y María aceptó ser madrina, después de la muerte de su hermana Inés, de una hija de su excuñado con su nueva esposa¹⁶. Cuando don Pedro murió en 1655 seis de sus hijos e hijas

aún no se habían casado y vivían en sus haciendas ayudándole en la administración de sus negocios y en la explotación de las extensas tierras de labor que arrendaba¹⁷.

No sabemos qué lugar ocupó Isabel, la madre de Juana Inés, entre los once hijos de doña Beatriz y don Pedro. Su nacimiento debió de ocurrir hacia el final de la década de los veinte en Yecapixtla¹⁸. Su abuela materna, si es que vivía aún, debió de agradecer el gesto de que la nombraran en su honor. Sus padres escogieron un generoso padrino para ella, que, al parecer, la quiso mucho y que la apoyó mientras vivió¹⁹. Los primeros años de su vida transcurrieron en las haciendas de Yecapixtla y de San Miguel de Nepantla. Durante su infancia no acudió a ninguna escuela y toda su vida permaneció analfabeta, por lo que jamás leyó ninguna de las obras de su celebrada hija²⁰. Pero esto no significa que no tuviera noción del talento maravilloso de sor Juana. Seguramente no fue poca cosa decir frente a amigos y conocidos que su hija vivió en el palacio de los virreyes durante su adolescencia o que había ingresado al convento de San Jerónimo, reservado para la élite femenina, y que desde ahí escribía versos para la catedral de México. Es incluso muy probable que Isabel haya tenido la oportunidad de escuchar algunos de los villancicos que sor Juana compuso. Sea como fuere, el analfabetismo de Isabel no fue excepcional: las mujeres de su época pertenecieron al segmento de la población menos educado. Como desconocemos si sus otras hermanas aprendieron la cultura de la letra, es imposible especular sobre las razones de su analfabetismo teniendo un padre interesado en libros y conocedor de los clásicos latinos.

En cambio, un aspecto sí la distinguió notablemente de sus hermanas y hermanos. A diferencia de todos ellos Isabel nunca contrajo matrimonio pese a haber tenido, por lo menos, dos parejas con quienes procreó en total seis hijos²¹. A finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta del siglo XVII entró en su vida Pedro de Asuaje con quien tuvo tres hijas: Josefa María, Juana Inés y María²². Asuaje había nacido en las islas Canarias alrededor de 1588 y había arribado a la Nueva España con alrededor de diez años. Su abuela, María Ramírez, y su madre, Antonia Laura de Mayuelo, habían enviudado y se encontraban en una situación precaria en Las Palmas. Ambas vivían bajo un mismo techo con Francisca Ramírez de la Peña, la segunda hija de doña María, y los dos hijos de Antonia Laura, Pedro y Francisco. Mo-

tivada por la riqueza que su hermano Alonso Ramírez de Vargas había acumulado en México como administrador del estanco de naipes, doña María decidió buscar su amparo y emigró con sus hijas a América. Ya adulto, Pedro de Asuaje se estableció con su hermano en la zona de Chalco, cerca de las haciendas de don Pedro Ramírez.

Cuando Asuaje se enamoró de Isabel él contaba con casi sesenta años y ella no debía de tener más de veinticinco²³. Su relación duró solo unos cuantos años. Jamás se casaron. Aunque en aquella época el amancebamiento era muy común y casi la mitad de los nacimientos entre criollos eran ilegítimos²⁴, la condición de Isabel sí fue una excepción dentro de su familia donde, como he dicho, todas sus hermanas contrajeron matrimonio. Teniendo en cuenta su situación de marginalidad y vulnerabilidad, su padre decidió que ella quedase al frente de la hacienda de Panoayan tras su muerte garantizándole así un sustento; ella hizo lo mismo con su hija María por razones similares²⁵.

Tras el abandono por Pedro de Asuaje, Isabel inició una relación con el capitán de lanceros Diego Ruiz Lozano Zenteno, originario de Cholula²⁶, con quien procreó un hijo y dos hijas: Diego nació alrededor de 1656, Antonia vio la luz en 1658 e Inés un año después²⁷. Además de militar, Ruiz Lozano era también labrador; su finca, nombrada Santa Cruz, estaba en Tlalmanalco, a solo 10 kilómetros de la hacienda de Panoayan²⁸. Tal vez don Pedro y Ruiz Lozano se conocieron antes de que este se enamorara de su hija. Si no fue así, entonces desarrollaron una relación de confianza durante los años en que este fue amante de Isabel, pues en una ocasión don Pedro le solicitó al capitán un préstamo que, al momento de su muerte, aún no había saldado²⁹. Ruiz Lozano jamás tuvo la intención de casarse con Isabel, ya que para las mujeres de aquella época una de las consecuencias de haber tenido hijos fuera del matrimonio y haber sido abandonadas era la casi nula probabilidad de contraer nupcias con alguien más. Es plausible, por lo demás, que Ruiz Lozano, cuando se enredó con Isabel, ya estuviera casado con Catalina Maldonado Zapata, oriunda de San Luis Potosí, o que hubiese contraído nupcias con ella mientras seguía teniendo relaciones con Isabel. Por la cercanía entre las haciendas de Panoayan y Tlalmanalco, Isabel y Catalina, que no tuvo hijos con Ruiz Lozano y también era analfabeta³⁰, debieron de conocerse por lo menos de oídas. Es interesante que el cholulteca se mantuviese en contacto con Isabel por el resto de sus días. No solo reconoció a los tres hijos que

tuvieron juntos y los apoyó —a Antonia y a Inés las respaldó en su petición para ingresar al convento de sor Juana, aunque, por razones desconocidas, no concretaron su propósito—³¹, sino que también le sirvió de acreedor a su antigua amante³². Aunque es una mera coincidencia, resulta curioso que ambos hayan muerto con pocos días de distancia en enero de 1688³³. Ella fue enterrada en la Ciudad de México, donde llevaba menos de un año de residir en la calle de Monte Alegre, aunque había expresado su deseo de ser inhumada en Amecameca, a la sombra del volcán Iztaccíhuatl³⁴.

Juana Inés nació en la hacienda de Nepantla y probablemente antes de que cumpliera los tres años su madre la llevó a la de Panoayan en Amecameca, sitio que ella siempre consideró su hogar y donde vivió en compañía de sus abuelos y tíos³⁵. Aunque, según el padre Diego Calleja, quien escribió su primera biografía en 1700, Juana Inés habría visto la luz en 1651, algunos consideran el año de 1648 como su fecha de nacimiento sobre la base de un acta de bautismo hallada en la parroquia de Chimalhuacán, a cuya jurisdicción pertenecía Nepantla. En dicha acta se habla de una niña Inés; no se mencionan los padres, pero sí los padrinos, Miguel y Beatriz Ramírez, nombres que coinciden con los de los hermanos de Isabel. El dato, sin embargo, no es concluyente, empezando por el hecho de que en el acta no aparece el nombre de *Juana Inés*. Al no existir documento fechado donde ella o alguien más registre su edad exacta —dato al que la época no le daba la misma importancia que la nuestra—, la cuestión no puede darse por zanjada³⁶.

Aunque Isabel sugiere en su testamento que las tres hijas que concibió con Pedro de Asuaje jamás fueron reconocidas por él, las tres siempre afirmaron ser legítimas³⁷. Juana Inés lo sostuvo en su primer intento por convertirse en monja con las carmelitas descalzas y lo repitió dos años después en su profesión definitiva con las jerónimas³⁸. Si en teoría no había necesidad de mentir y era posible, aunque ciertamente no lo más común, que hijas ilegítimas ingresaran a los conventos novohispanos, ¿por qué tanta insistencia en su legitimidad? Se ha supuesto, en consecuencia, un posible proceso de legitimación para las tres hermanas³⁹, aunque a ello se opone la terminante afirmación de la madre en su testamento⁴⁰.

Es difícil saber si Juana Inés conoció a su padre o si estuvo en contacto con él a lo largo de los años. Sor Juana se refirió a Pedro de Asuaje en diversos documentos oficiales. Por vez primera lo nombró el día

de su ingreso como novicia al convento de las carmelitas en 1667. Sin embargo, dos años después, ya con las jerónimas, señaló que había fallecido y su madre corrobora esa información⁴¹. Después de 1669 no vuelve a mencionar a su progenitor en ningún documento oficial, lo que sugiere que, en efecto, murió entre 1667 y 1669 o que la familia ya no quería tener nada que ver con él⁴². Pero eso no quiere decir que la figura del padre estuviese del todo ausente, pues Juana Inés lo recordó varias veces directa o indirectamente. Ella siempre se mostró convencida de que su familia paterna era originaria del País Vasco. Así se lo comentó a su amigo Diego Calleja en una carta y en los *Villancicos de la Asunción* (1685) declaró orgullosamente que el vascuence «es la misma lengua / cortada de mis abuelos» (núm. 274, vv. 109-110)⁴³. También en la dedicatoria del segundo tomo de sus *Obras* (1692), dirigida al vasco Juan de Orbe y Arbieto, precisó querer con sus versos «honrar y no avergonzar a nuestra nación vascongada» (núm. 403). Estas declaraciones sugieren un fuerte orgullo por el supuesto lugar de origen de su padre y quizá por él mismo. Sin embargo, no deja de ser llamativo de que hayan sido hechas cuando la jerónima ya era una escritora reconocida y estaba en la cumbre de su fama. Tal vez tuvo que alcanzar esa etapa de su vida para reconciliarse con esa parte de su pasado familiar.

Por qué sor Juana pensaba que la familia paterna provenía del País Vasco, no lo sabemos. Quizá doña Isabel se lo dijo o quizá tuvo que ver con que un antepasado vasco no le venía nada mal⁴⁴. Entre los criollos existía un apremiante deseo por vincularse con alguna rama noble de la madre patria. Si sor Juana deseaba adjudicarse cierta nobleza de la que carecía por nacimiento, hacer alarde de las raíces vascas de su padre resultaba una buena estrategia. Vista como portadora de una limpieza de sangre a toda prueba, la comunidad vasca gozaba de gran prestigio en la Nueva España⁴⁵.

Josefa María debió de ser la hija mayor, Juana Inés, la de en medio y María, la menor⁴⁶. Tal vez Juana Inés recibió su nombre en honor a su tía Inés que había muerto entre 1648 y 1651. Las tres niñas crecieron en una zona rural, habitada sobre todo por indígenas, donde pocos criollos dominaban sobre vastas extensiones de tierra⁴⁷. En las dos haciendas de su abuelo las hijas de Isabel convivieron con indios y con las familias de los esclavos africanos. La comida era preparada por indios y tal vez Juana Inés desarrolló desde esta época su gusto por la

cocina. Casi de la misma edad que Juana Inés fueron las hijas de Francisca, una esclava mulata de su abuelo⁴⁸. Juana Inés hablaba en castellano con sus familiares, pero escuchaba a su alrededor el náhuatl —lengua que aprendió con cierta solvencia— y cantos africanos (había siete esclavos negros en la hacienda de Panoayan cuando murió su abuelo en 1655). Algunas de sus obras son un testimonio de su interés por la lengua y la cultura autóctonas⁴⁹. Y varios de sus villancicos incorporan motivos africanos y reproducen sonecillos negros⁵⁰. Además, en el convento de San Jerónimo la acompañó durante sus primeros años una esclava mulata, también llamada Juana, que su madre le regaló⁵¹. Estos datos importan porque una buena parte de su originalidad artística se explica, entre tantas otras cosas, gracias a su capacidad de encontrarles un sitio a las voces y sonidos de su infancia al lado de la cultura europea del libro.

Actualmente hay en Amecameca un casco de hacienda en el sitio donde el abuelo de Juana Inés tuvo la suya. El edificio, reconstruido en 1999, no es el que ella habitó. Pero la vista majestuosa que la niña tuvo durante su infancia sigue siendo la misma: los cráteres del volcán Iztaccihuátl, de más de cinco mil metros de altura, se encuentran a pocos kilómetros; desde Panoayan se observan los bosques, las cañadas y los glaciares de la imponente montaña.

En edad adulta sor Juana fue vista por su madre como una hija obediente⁵², pero doña Isabel sabía que de niña su hija no siempre se había ceñido a las órdenes maternas y que varias veces la había tenido que castigar y en otras ocasiones la había incluso nalgueado. Sin embargo, el temor a estas reprimendas físicas no fue suficiente para controlar a Juana Inés cuando una idea se le metía en la cabeza. Sor Juana misma cuenta que, cuando estaba por cumplir tres años, se percató de que Josefa María regresaba a casa sabiendo cada día más cosas; probablemente lo que más le llamó la atención fue la capacidad de su hermana de descifrar la escritura, algo que a su madre le estaba negado. Le preguntó a su hermana dónde aprendía tantas cosas útiles y Josefa María le respondió que en la escuelita del pueblo. Por consiguiente, un día, sin contar con el permiso de doña Isabel, siguió a escondidas a su hermana mayor a la escuela y allí observó cómo le daban clases. Este hecho, que sor Juana describe como una pequeña travesura y que, en realidad, tiene visos de transgresión, revela mucho de su carácter, cuyos rasgos esenciales fueron la curiosidad, la determinación y la fasci-